

Añade el evangelio: "hasta que todo quedó fermentado;" y esto quiere decir, que la fé será predicada en todo el universo; que todo hombre está llamado al conocimiento de la verdad, y que por toda la duración de los siglos la mujer de la parábola, que es la Iglesia católica, seguirá vivificando á las almas con la santa levadura de la fé. Y pues el Señor seguía hablando en parábolas, como dice nuestro evangelio, aprovechémonos de ellas, ya sufriendo los trabajos, como indica el ardor de la mostaza, ya dejando vivificar nuestra naturaleza con la santa levadura de la fé; y la paciencia y la fé, y la fé y la paciencia, serán como las dos llaves que nos abran el reino de los cielos. Amen.



DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Semejante es el reino de los cielos á un hombre padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por día, los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos. Y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros, que se estaban allí, y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Dices: Id

también vosotros á mi viña. Y al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de vísperas, recibió cada uno su denario. Y cuando llegaron los primeros, creyeron que les darian más; pero no recibió sino un denario cada uno. Y tomándole murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales á nosotros, que hemos llevado el peso del día, y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo: no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y véte: pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿Nó me es lícito hacer lo que quiero? Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros, primeros; y los primeros postreros. Porque muchos son los llamados, más pocos los escogidos. (Math XX. 1. . . 16)

1.

Este padre de familias de que habla aquí el evangelio, amados hermanos míos,

es nuestro mismo Criador, que tiene una viña, y esta es la Iglesia universal, desde Abel hasta el último de los escogidos; y todos los santos que ha enido ten su seno son otros tantos racimos ó pámpanos que ha producido. Este salió á buscar obreros para su viña: salió, no cambiando de lugar, sino operando algo nuevo y derramando su gracia; (1) y salió muy demañana, para significar que cuando nosotros estamos más olvidados de nuestra salvación soñolentos y ociosos, el Señor nos convida muy temprano á dejar la pereza y levantarnos y entregarnos al trabajo. Y San Gregorio, distribuyendo las varias horas de que habla la parábola: entre las varias edades de nuestra vida, dice: que la madrugada viene á ser la puericia ó la niñez, porque desde esta edad comienza el Señor á ilustrarnos con su gracia y á convidarnos á trabajar en la grande obra de nuestra salvación; y dichoso el que obedece al Señor y se le consagra desde los primeros años de su vida.

Sale el padre de familias á contratar trabajadores; á nadie fuerza, á nadie lleva

(1) Exire Dei est operari ad extra Cajetem.

por violencia: llama y convida y cierra contrato con los obreros, ofreciéndoles un denario por día. Los trabajadores somos nosotros, que nacemos para el trabajo, como el ave para volar; como se dice en Job, [1] porque "cuando el cuerpo trabaja mas duro, el alma vuela mas alto," explica San Gregorio. [2]

Por la viña podemos entender muy bien nuestra propia alma, pues Dios dice por el profeta Jeremías: "Yo te he plantado á tí, mi viña escogida:"(3) la tierra donde está plantada es nuestro cuerpo terreno; las plantas de las vides, son nuestras potencias, dones y virtudes; el vino generoso que de allí se saca es el amor de Dios y del prójimo, la cerca que la rodea, es la custodia de los ángeles; y los obreros que conduce para cultivarla, son los predicadores, los confesores, los libros sagrados y espirituales. Y á estas vides, poda muchas veces el Salvador celestial con el hierro de las tribulaciones y adversidades; las endereza, atándolas al palo de su cruz por la meditación de su Pasión dolorosa; las cava y hace fo-

[1] Job. V. 7.

[2] Gregor. ibi.

[3] Jerem. II. 21.

sas por la memoria de nuestros novísimos; y las defiende de las fieras infernales con la protección de los santos y en especial de la santísima Virgen. Y como se digna regarla con su preciosísima Sangre, bien puede preguntar con un profeta: "¿Qué cosa debí yo hacer por mi viña que no la haya hecho?" [1] Como si dijera, advierte San Agustín: ¿qué no te ha dado alma mía, el Señor que es tu Esposo? Echa una ojeada por este vasto universo, y mira si hay una sola cosa en él que no sea para tu servicio; ó ya para auxiliarte en tus necesidades, ó ya para recrearte en honestas diversiones." Y pues á todos nos atiende, ninguno hay en esta viña que esté exento del trabajo, ya sea niño ó anciano, hombre ó mujer, sano ó lisiado: cada uno debe aplicarse con cuidado al cultivo de su propia viña, ya limpiándola de vicios, ya arrancando las espinas de los pecados; ya regándola y beneficiándola con los sacramentos; porque si deja el trabajo y se entrega á la ociosidad, lejos de recibir ningún salario, la apartará el padre de familias de su lado y la mandará echar á las tinieblas exteriores.

(1) Isai. V. 4.

Hecho el trato con los operarios por un denario cada día, mandólos luego á su viña, dice el evangelio. Como Dios es nuestro Señor y Criador; y nosotros con todo rigor somos sus siervos y esclavos, bien podria su Majestad, con el derecho del amo sobre su esclavo, hacer uso libremente de nuestros servicios sin poder nosotros pretender otra cosa que el pan y el agua para nuestro sustento, y no tendríamos derecho á ninguna recompensa; pero la liberalidad y bondad de nuestro Señor se dignó entrar en pactos con nosotros; y así al mandarnos observar su divina ley, nos promete por premio su divina bienaventuranza. Y esto significa el denario divino; pues como explica hermosamente Santo Tomás. (1) aquella moneda equivalía á diez sueldos y llevaba impresa la imagen del rey; lo que indica que por la guarda de los diez mandamientos, llegaremos á tener impresa la imagen del Rey eterno, pues está escrito que "cuando apareciere, seremos semejantes á él." [2]

[1] Thom. in Math.

(2) Joan. III. 2.

y si la gloria se llama denario de un día, es porque debemos ganarla cada día, y porque esta nuestra vida es delante de Dios como un sólo día, y la misma gloria se llama "el día de la eternidad." (1)

Y el padre de familia salió como á la hora de tercia y vió á otros estar en la plaza ociosos y les dijo: Id también vosotros á mi viña y os daré lo que es justo; más ellos fueron. Y de nuevo salió cerca de la hora de sexta y de la de nona, é hizo lo mismo. Nota Santo Tomás, [2] que con los primeros pactó el Señor darles el cielo por su trabajo por que comenzaron á servirle desde sus tiernos años y trabajaron toda su vida en el cultivo de su viña; mas con estos otros que empezaron á la hora de tercia y sexta, esto es, á las nueve de la mañana y al medio día, sólo por su misericordia debe premiarlos; pues estos no tienen tanta seguridad de su eterna salud como los primeros.

Más ¿porqué se dice que los encontró en la plaza y que estaban ociosos? La plaza es el mundo con su ruido, negocios y diversiones, y convidarlos de la plaza á su vi-

(1) 2 Petr. III. 18.

(2) Thom. in Math.

ña, es sacarlos del mundo á la vida cristiana. Y hallólos ociosos, por que ocioso es, el que no trabaja en la guarda de los mandamientos y en el cuidado de su propia alma. Ociosos son los que no operan en la obra de Dios, ociosos los que no cultivan la viña de su alma, aunque estén muy ocupados en las cosas temporales. ¿A cuántos de nosotros, hermanos míos, nos hallará el Señor ociosos cuando venga á juzgarnos, y ya no sea tiempo de cultivar la viña, ni de trabajar por nuestra salvación? Esta constancia del Señor en llamarnos á diversas horas del día, nos indica, dice San Fulgencio, que todas las edades son apropósito para la penitencia: que en cualquiera época de nuestra vida podemos convertirnos al Señor, y que por eso precisamente nos llama en varias edades, porque ninguna reputa inepta é incapaz de entregarse á su servicio.

Así el llamar operarios á la hora de tercia, significa invitarnos en su servicio en la juventud; el llamarlos á la hora de sexta es convidarnos en la edad madura; y el solicitarlos cerca de la hora undécima, es todavía tener la dignación de atraernos á su servicio, en la última edad de la vida, esto

es en la vejez. Y el preguutarles, porqué están todo el día ociosos, és porque el padre de familias se admira de que el hombre, creado solamente para servirle, haya pasado la juventud y la edad madura, y á veces hasta el resto de la vida sin hacer nada por su salvación, y pasando tantos años en el ocio y la pereza. Peligrosísima cosa es persistir ocioso en los pecados hasta lo último de la vida; pues los que piensan hacer penitencia al fin de ella, muchísimas veces se engañan y mueren en la impenitencia final, pues el ser llamados al fin de la vida, es don muy especial que Dios no concede á los que están determinados á perseverar en el vicio hasta la muerte.

Mas como fuese ya tarde, el dueño de la viña dijo al mayordomo: llama á los trabajadores y dales su salario, empezando desde los últimos hasta el primero. El hacerse tarde, es llegar al fin del mundo, ó el fin de cada uno por la muerte, y el Señor no retarda la recompensa, sino que acabado el trabajo, la distribuye. Y el mandar empezar por los últimos, es para hacer ostentación de su inestimable misericordia, recompensando por delante á los últimos; y porque más gustosamente aten-

demo, dice San Crisóstomo, (1) á los que favorecemos gratuitamente y por sólo honor nuestro, que á los que les debemos de justicia.

“Como viniesen pues los llamados cerca de la hora undécima, recibió cada uno su denario, y cuando llegaron los primeros, creyeron que les darían más: pero no recibió más que un denario cada uno: y murmuraban.» Esto es propio de la envidia, dice un doctor, (2) dolerse de que á otro se le dé, como si á uno se le quitara; pero en vano murmuraron, porque el Señor les hizo ver que nó les hacía ninguna injuria; y el dar á los primeros y á los últimos el mismo denario, significa la misma bienaventuranza para todos, si bien en la casa del Eterno Padre, hay muchas mansiones. (3) Termina el Señor diciendo: que muchos son llamados y pocos los escogidos; pidamos al Señor que con estos pocos podamos entrar al reino de los cielos. Amén.

[1] Chrysost. in Cat.

[2] Gloss.

[3] Omnibus datur vita aeterna, sed mansiones eorum multae sunt. August. 46 de Virginit. cap. 26.



DOMINGO DE SEXAGESIMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Y como hubiere concurrido un gran número de pueblo, y acudiesen solícitos á él de las ciudades, les dijo por semejanza: Un hombre salió á sembrar su simiente: y al sembrarla una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre piedra: y cuando fué nacida se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra: y nació, y dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, comenzó á decir en alta voz: Quien tiene orejas de oír, oiga. Sus discípulos le preguntaban, qué parábola era esta. El les dijo: A vosotros es dado saber el misterio del

reino de Dios, mas á los otros por parábolas: para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Es pues esta parábola: La simiente, es la palabra de Dios. Y los que junto al camino, son aquellos que la oyen: mas luego viene el diablo, y quita la palabra del corazón de ellos porque no se salvan creyendo. Mas los que sobre la piedra: son los que reciben con gozo la palabra, cuando la oyeron; y estos no tienen raíces: porque á tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás. Y la que cayó entre espinas: estos son los que la oyeron, pero después en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, y de las riquezas, y deleites de esta vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra: estos son, los que oyendo la palabra con corazón bueno, y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia. (Luc. VIII. 4 . . . 16)

I.

Con esta parábola, hermanos míos, Jesucristo pretende declararnos el fin por el cual había venido al mundo, que era á predicar y enseñar la doctrina de la fé. Salió pues á sembrar su semilla, esto és su pala-

bra, cuando salió del cielo y descendió á la tierra por nuestra salud, pues desde que nació comenzó á predicarnos, antes con su ejemplo que con sus palabras; porque así como la semilla al sembrarla se esparce con la mano, así la doctrina y la enseñanza se siembran con las obras. Y se dice que siembra su *semilla*, porque ni los apóstoles, ni los predicadores nunca predicán otra cosa sino la palabra de Dios, ni siembran la semilla de sus propias opiniones, sino sólo la semilla de Cristo que es el santo evangelio. Dice pues la parábola, que la semilla cayó en tres clases de tierras malas, y en una buena. Las malas lo eran, porque una quedaba á orillas del camino, la otra era pedregosa en el fondo, y la otra estaba cubierta de espinas; y en cuánto á la última parte, era un terreno que carecía de estos inconvenientes; sobre lo cual observa San Crisóstomo, (1) que aunque tres partes de la semilla se perdieron y una sola se aprovechó, nó por eso Jesucristo deja de cultivar su campo.

Y así, maravillosa es la caridad de Cristo, que tanto estima á las almas, que se

(1) Chrysost. Homil. de terrae motu.

sujeta á innumerables trabajos y fatigas por salvar unas cuantas, y aun una sóla, como si las hubiese ganado á todas. Y el mandar la semilla de su palabra á las malas tierras, es decir, á los ingratos pecadores que no la han de aprovechar, prueba, como dice San Agustin, (1) la divinidad de Jesucristo, que igualmente auxilia á los buenos y á los malos con el sol del evangelio y la lluvia de su doctrina, así como en el mundo material "hace salir su sol sobre los buenos y los malos; y llueve sobre los justos y los injustos." (2)

Mas véamos, hermanos míos, qué significan estas tres clases de malas tierras. Primeramente, dice la parábola, que una parte de la semilla cayó á orillas del camino, y que fué pisoteada, quiere decir, que "gran parte de la predicación de Jesucristo descende á los corazones de hombres mundanos que prefieren lo carnal á lo espiritual, los cuales están á orillas del camino, porque viven en las vías espaciosas del ocio y de las culpas, ni se apartan nunca de las sendas anchas de la perdición." (3)

[1] Aug. Lib. I. contr. gentes.

[2] Math. V. 45.

[3] Dion. Corthus. in Luc.

2.

En cuanto á la semilla que cayó sobre piedra, es la dureza de aquellos ánimos protervos, corazones duros é indómitos de los que dice un profeta: "endurecieron sus rostros más que la piedra, y no quisieron volver." [1] Estas almas soberbias no se dejan penetrar por el arado de la fé, por lo que la semilla, falta de profundidad prontamente perece. La que cayó entre las espigas, esto és, dice San Buenaventura, (2) entre los cuidados mundanales, los corazones ambiciosos y vanos, á quienes afectan y punzan y atormentan los superfluos cuidados, los desordenados temores y mortales tristezas, y todo se sofoca por aspirar inmoderadamente á las riquezas mundanales. Mas por fin, otra parte de la semilla cayó en buena tierra, y nació y produjo fruto centuplicado.

Y esto, dicen los doctores, [3] debe llenarnos de temor y temblor, pues que de cuatro partes del mismo campo, sembradas por el celestial Labrador en la propia persona de su Verbo divino, las tres se

(1) Jerem. V. 3.

[2] Bonav. in Luc.

[3] Didac. Stell. ex Thesphilact.

perdieron y una sola produce fruto; por lo cual puede deducirse esta terrible conclusión: "pocos serán los que se salvan." ¿Y esto, porqué? porque aunque la semilla es la misma, y siempre excelente, pero la piedra es la carne, dura y rebelde; el mundo, son las espinas que punzan con sus cuidados; las aves que devoran la semilla del camino, son los demonios, pájaros velosísimos que arrancan de la mente del hombre la semilla de la doctrina; y así el demonio, el mundo y la carne, estos tres terribles enemigos del alma, de los que no sabemos defendernos, son los que hacen perecer las tres cuartas partes de la buena semilla esparcida por la predicación.

Al decir la parábola, Jesucristo clamaba: "El que tenga oídos para oír, que oiga;" clamaba, dice San Buenaventura, [1] para llamar la atención de sus oyentes, y tres veces nombra el oír, añade un piadoso Cardenal, (2) porque se necesitan tres maneras de oído: [3] el oído de la naturaleza para percibir las palabras; el oído de la inteligencia para discernir su sentido;

(1) Bonavent. in Luc.

(2) Hugo hie.

(3) Bonav. in Luc.

y el oído de la voluntad para obedecerlas y ponerlas en práctica; porque unos, [como aquí entre vosotros hermanos míos,] no oyen lo que se predica, porque no atienden; otros oyen, pero sin cuidado, y no entienden lo que se les dice; otros finalmente, oyen y entienden, pero nada ponen por obra. Y á todos dice el Señor que tengan oídos para escuchar, que oigan entendiendo y escuchen practicando. Los apóstoles le preguntaron qué significaba esta parábola, y Cristo les respondió, que á ellos les era dado el conocer los misterios del reino de Dios, pero que á los demás se les enseñaba en parábolas, para que viendo no vieses, y oyendo no entendiesen, esto es, porque muchos, y quizá la mayor parte, ven y oyen sin querer entender, y esto por culpa suya, y no del maestro que les enseña. Y en seguida comenzó á explicarles el sentido de la parábola, diciendo: "La semilla es la palabra de Dios." Y nosotros diremos las semejanzas entre una y otra. No basta sembrar la semilla, si no se cultiva la tierra, ni basta oír la palabra si no se abre el corazón; no podemos vivir sin los granos y semillas, ni las almas vivir pueden sin la palabra de Dios; la tierra

sin sembrarse, solo dá abrojos y espinas, y el corazón sin la palabra, sólo vicios y pecados; la semilla nó fructifica luego, sino pasado tiempo, ni la palabra, si nó es rumiada y meditada largamente; los frutos de la semilla se guardan en el granero, y las virtudes que produce la palabra, se premian en el cielo.

La semilla que se siembra junto al camino, explica el Señor, son los que oyen, mas después viene el diablo y quita la palabra de sus corazones; es decir, que aunque hayan escuchado devotamente la predicación, nó se las quita el demonio del oído, pero después haciendo que la olviden, entre el ruido del mundo, divierte al hombre con las pompas del siglo y arrebatada de su corazón la palabra, que salida de él, no produce ningún fruto.

“La que cayó sobre piedra, significa los que oyen, y con gozo reciben la palabra de Dios, y estos no tienen raíces, porque á tiempo creen, y en tiempo de tentación se retiran.” Estos, dice San Buenaventura, [1] en parte son dignos de alabanza, porque oyen la palabra de Dios con gozo, y

(1) San Bonav. in Luc.

con avidéz la reciben, lo cual es de muy buen augurio; pero en parte son muy reprehensibles, porque nó guardan y fomentan la palabra, nó riegan ni hacen caso de la semilla, y por eso nó echa raíces en el alma, esto és, nó tienen firmeza ni consistencia: en tiempo creen, oyen de buena gana, y aun comienzan á practicar; mas la planta sin raíces perece al soplo del viento, y en el tiempo de tentación se alejan de las prácticas piadosas, se separan de los templos, se retiran de los sacramentos. ¡Semilla perdida!

“La que cayó entre espinas, son los que oyen, mas movidos por los cuidados, riquezas y delicias de la vida se sofocan y no producen fruto.” “¿Quién podría creer jamás, dice San Gregorio Papa, (1) que las riquezas se significan por las espinas, cuando estas punzan y las otras deleitan? Mas verdad és que son espinas, pues con sus cuidados punzan al alma, y cuando la arrastran al pecado, la hieren hasta sangrarla.” Las riquezas, y las delicias que van juntas con ellas, se comparan á las espinas, por tres cosas, dice San Buenaventura: primero, porque nó dan fruto alguno;

[1] Homil 15 in Evang.

segundo, porque impiden el fruto de otras plantas; tercero, porque si hay alguno lo despedaza y desgarran. Y también dice el Crisóstomo: "no hay que admirarse si á las delicias llamó el Señor espinas, porque al cuerpo y al alma acarrearán acerbísimos dolores."

"La semilla que cayó en buena tierra, son, los que con bueno y excelente corazón oyen y retienen la palabra y dan fruto en la paciencia." El buen corazón, es el que "en devoción empapado, con lágrimas humedecido, con la gracia regado, con el arado de la disciplina abierto, con la confesión purificado, con el propósito fortalecido, con los buenos deseos preparado," (1) sembrado produce mucho fruto, con la paciencia en los trabajos, la paciencia en las tentaciones, la paciencia en las pruebas, la paciencia en la vida y en la muerte. Pidamos, hermanos, al Señor esta paciencia, para que en buena tierra recibamos la semilla, y de ella tengamos algún día copiosos frutos de vida eterna. Amen.

(1) Ita Albert. Magn.



DOMINGO DE QUINCAGESIMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Tomó Jesús aparte á los doce, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado y escupido. Y después que le azotaren, le quitarán la vida y resucitará al tercer día. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no entendían lo que les decía. Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo á voces: Jesús hijo de Da-